

VIDA
de
SAN JULIAN,

OBISPO DE CUENCA,
SEGUIDA DE UNA RESEÑA BIOGRAFICA

sobre la del
BEATO RESMES,

su mayordomo y limosnero.

BU
1742
(19)

BURGOS
IMPRESA DE VILLANUEVA.

1876

T. 39050

C 55946

BPE Burgos



3355946 BU 1742 (19)

BU 1742 (19)

B. U. - 1742 (19)

VIDA
DE SAN JULIAN
Y DEL
BEATO LESMES.



7.39050

R. 4660

VIDA

DE

SAN JULIAN,

OBISPO DE CUENCA,

SEGUIDA DE UNA RESEÑA BIOGRAFICA

SOBRE LA DEL

BEATO LESMES,

su mayordomo y limosnero.



BURGOS:

IMPRENTA DE D. SERGIO DE VILLANUEVA.

1846.

1816

SAN JUAN

DE LA ISLA DE PUERTO RICO

SEGUNDA DE UNA NUEVA Y MODERNA

EDICION

DE LA CIUDAD

DE SAN JUAN DE PUERTO RICO



DE LA

IMPRESION DE LA CIUDAD DE SAN JUAN DE PUERTO RICO

1816

A LOS BURGALÉSES,

Un virtuoso conciudadano vuestro, el señor don José María de Lafuente, canónigo de Leon y domiciliado ahora en la Capital del mundo cristiano, es quien, por un libre y espontáneo rasgo de devoción al gran Obispo de Cuenca, os invita á obsequiarle. También ha exigido una prueba bien corta de nuestra sincera amistad, y se la otorgamos gustosos, proporcionandoos la lectura de la vida de san Julian y la de su limosnero san Lesmes.

La memoria de un héroe, cuyo nacimiento regocijára á las arpas de los ángeles, triunfa por fin de vuestro glacial olvido. La palma inmarcesible reverdece sobre su sepulcro. Exaltada su alma cándida entre los coros celestiales, espera desde una nube de oro vuestras plegarias y vuestras oraciones, para presentarlas

*el Eterno. Enviadselas. . . . pues ha rayado
un dia de ventura, de paz y de alianza. Unid-
las con la vibracion del aire, á quien el bron-
ce del Santuario presta su formidable voz; con
los conciertos que le ansalzan en el órgano, y
con el suave perfume desprendido del altar,
donde Jesucristo es ternura, victima de amor y
oblacion santa.*

RAFAEL MONJE.

Burgos 3 de setiembre de 1846.



VIDA

DE

SAN JULIAN.

AN JULIAN, obispo y patron de Cuenca, ornamento de la Iglesia, honor inmortal de España, y gloria de la ciudad de Burgos, nació en ella el año 1128. Su concepcion tuvo muchas señales de milagrosa, ó por lo menos mas se debió á las oraciones de sus piadosos padres, que á los esfuerzos regulares de la naturaleza. Contaban muchos años de casados sin el consuelo de sucesion, ni esperanza de tenerla; acudieron al cielo con fervorosas súplicas,

y fueron atendidos sus deseos. Hízose embarazada su madre, y un sueño que tuvo el padre de Julian en este tiempo le puso en espectacion, de manera que sin dejar de ser cuidado, se ladeaba mas la inclinacion á interpretarle misterio. Representóle una noche la fantasia que ardia en vivas llamas su cuarto, y que sin respetar el incendio se iba ocupando todo él de aves nocturnas, de animales oscuros y de feas sabandijas, que con sus ingratos ahullidos y con su tedioso aspecto eran horror de los ojos y tormento de los oidos. Pero notó que saliendo de su muger un hermoso cachorrillo, mas blanco que la misma nieve, cambió el voraz incendio del cuarto en un inocente resplandor con las brillantes y lucidísimas centellas que despedia por los ojos y la boca al mismo tiempo que con sus apacibles ladridos despejó la pieza de tanto animal inundo; y hecho esto, se volvió el tierno cachorro á refugiarse en su albergue. Despertó, comunicó el sueño á su muger, y conviniendo ambos en que eran especies de-

masiadamente arregladas para que las enlazase el casual desorden de la imaginacion, neutrales entre la confianza y el susto, esperaron á que el tiempo aclarase su significado.

Solo tardaron en entenderle lo que tardó el niño en nacer. Luego que vió la luz levantó el tierno bracito, echó la bendicion á los circunstantes, como lo hacen los obispos cuando bendicen el pueblo. Al asombro que causó esta maravilla se siguieron inmediatamente otros dos, que fueron al mismo tiempo interpretacion del misterioso sueño, y esplicacion de la primera. El mismo dia que bautizaron al niño se oyó en el aire una suavísima música de los ángeles, que cantaban este mote: *Hoy ha nacido un niño, que en gracia no tiene par*; y al mismo tiempo que le estaban bautizando, se dejó ver sobre la pila un ángel en figura de un niño hermoso y corpulento, con una mitra en la cabeza y con un báculo pastoral en la mano, que decia: *Julian ha de ser su nombre*. Esta continuacion de prodigios se pudiera llamar,

aun mas que vaticinios, historia de lo futuro ó noticia puntual de lo que Julian habia de ser.

Ahorró á sus devotos padres el cuidado de la educacion, porque desde que fué capaz de ella mostró que no la habia menester. Prevenido con mucha anticipacion de la divina gracia, comenzó á ser santo antes de ser hombre; y cuando apenas asomaba en su entendimiento el uso de la razon, ya era muy conocido en su inocente alma el uso de la virtud. Niño en los años, y maduro en las costumbres, castigaba en su tierno cuerpo la inocencia, como si tomara venganza de la malicia. Aun no sabia pecar, y ya sabia ayunar, haciéndolo tres dias á la semana, con tanto rigor, como si castigara desórdenes de la gula el que apenas habia aprendido á comer. Desconoció enteramente las travesuras de la niñez, y todos sus juegos se reducian á retirarse largos ratos, y rezar con tierna devocion muchas oraciones que tenia señaladas para cada dia.

Correspondieron sus progresos en el estu-

dio de las letras á sus adelantamientos en la ciencia de los santos. Hizose dueño de la latinidad, de las artes liberales y de la sagrada teología con tanta rapidez y con tanta facilidad, que mereció pasar de discípulo á maestro, enseñando esta última facultad con tanto crédito de su sabiduría, como concepto de su elevada virtud. Murieron sus padres en esta sazón; y dejándole heredero de un honrado patrimonio, no faltaron amigos que le aconsejasen siguiese el ejemplo de los que le habian dado el ser, abrazando el mismo estado para perpetuar en su descendencia los bienes que poseia. Despreció unos consejos en que tenia mas parte el espíritu del mundo que el espíritu del evangelio, y resolvió conservar perpétuamente intacta su virginal pureza, para que fuese mas grata al Señor la entrega que ya le habia hecho de todo su corazón.

Con este espíritu de devoción y de recogimiento labró una humilde casita, pegada por una parte al convento de san Agustín, y por

otra á una ermita que habia sido habitacion de santo Domingo de Silos, para que una y otra vecindad fomentasen el retiro, y fuesen incentivo á su fervor. El ejemplo de los religiosos avivaba en él la devocion, y la memoria del milagroso Ermitaño encendia mas y mas en su corazon el amor á la soledad.

No debió de bastar esta señal á los que le importunaban sobre que se casase, para que conociesen que eran muy distintos sus santos pensamientos; y acaso con el fin de que les entrase por los ojos el desengaño, manifestando con las obras que ya habia tomado su partido, recibió las cuatro primeras órdenes, pero sin querer pasar de ellas hasta haber recogido mas caudal de devocion y de virtud, persuadida su humildad á que todavía le faltaba mucho para el que pedía la sublime dignidad del sacerdocio. Fué en fin promovido á ella, y con la nueva dignidad, si no se vió en Julian otro nuevo hombre, se hizo por lo menos muy perceptible á todos una palpable renovacion de fervor.

Pareciéndole que podía ser tibieza en el sacerdote le que era devocion en el seglar, se entregó total y absolutamente á la oracion, al estudio y al retiro. Celebraba cada dia el santo sacrificio de la misa en el altar del devoto y milagroso crucifijo con tanto recogimiento, con tanta compostura, con tanta gravedad y con tanta devocion, que la comunicaba á todos los asistentes; de manera que los que estaban en el templo indevotos, solo con verle celebrar se reconocian compuestos y salian compungidos. Las dulces lágrimas que se desprendian de sus ojos eran ternura, sin dejar de ser inundacion; y dándose por entendidos los corazones de los que las observaban, hacian devota compañía las que se derramaban en la iglesia á las que se vertian en el altar.

Desde él se retiraba á su cuarto, y el tiempo que no dedicaba á la oracion le empleaba en el estudio de la sagrada Escritura, y en la atenta leccion de los santos padres y doctores de la Iglesia, negándose absolutamente á la

lectura de autores profanos; persuadido á que esta especie de erudicion en quien no tiene obligacion de dedicarse á ella ó por instituto, ó por ministerio particular, si no desdice de la santidad del sacerdocio, contribuye poco á perfeccionarla; y cuando no disipe el espíritu, á lo menos le deseca. No habia que hablarle en negocios puramente seculares. En no perteneciendo directa ó indirectamente á la salvacion de las almas, ó al bien espiritual de sus prójimos no solo se negaba resueltamente á sus oficios, sino tambien á su noticia: pronto, espedito y siempre eficaz en los primeros, se hacia del todo sordo á los segundos; siendo de dictámen que el sacerdote debe ser continuamente mediador entre Dios y el pueblo; pero nunca entre el pueblo, el interes, la ambicion, la conveniencia ó la codicia.

Estimulado del celo y de la obligacion en que le empeñaba su estado, cuando se halló con suficiente caudal de doctrina, por no estancar las aguas que tenia recogidas en su cis-

terna, derivadas de la fuente del Salvador, determinó comunicarlas á los pueblos por el ministerio de la predicacion. Dió principio á él predicando en las aldeas ó poblaciones reducidas de los contornos de Burgos. El fruto correspondió á la solidez de los sermones, á la pureza de la intencion y á la santidad del predicador. Envidiosa con santa emulacion la misma ciudad de Burgos de que los estraños, por decirlo así, se comiesen su sustancia, le dió á entender que pedian la razon, la justicia y la obligacion que el zelo comenzase por los propios; y como en Julian era encogimiento y desconfianza lo que parecia estrañeza, fácilmente se rindió á los deseos de sus conciudadanos. Comenzó á predicar en las iglesias de la ciudad, y desde luego se conoció que eran estrecho teatro para los concursos las mas capaces iglesias.

El aplauso fué sin igual, pero no fué estéril. Al número de los concursos correspondia el número de las conversiones; y cuando todos salian de sus sermones diciendo, que nunca

habia hablado asi otro algun hombre, acreditaban sus lágrimas, sus sollozos y la mudanza de las costumbres la verdad de lo que decian. Sin esta verdadera prueba los mayores aplausos de los predicadores son estruendo de la lengua, y ojarasca de los oidos, á excusas del buen juicio, y sin noticia del corazon. Estendida por toda la España cristiana la fama del nuevo Predicador, fueron muchas las provincias que le desearon, y muchas tambien las que le oyeron; experimentando con la general reforma que la fama era menor que su mérito, y que aquella voz que suele cobrar mas fuerzas quanto mas camina, con efecto habia llegado algo cansada á sus oidos.

Esperimentólo asi la santa iglesia de Toledo, y ansiosa de aumentar su esplendor con aquella brillante antorcha, como tambien de disfrutar mas de asiento su doctrina, su apostólico zelo, y sus ejemplos, deseó, solicitó y consiguió hacerle prebendado suyo, con la sobresaliente dignidad de arcediano. Fué Julian

modelo de arcedianos, como lo habia sido de sacerdotes y predicadores. El coro, los pobres, la vigilancia sobre las costumbres, la proteccion de las viudas y el amparo de los huérfanos, sus acostumbrados sermones, el estar pronto para servir al prelado siempre que éste imploraba las funciones de su ministerio, siendo *el ojo y la mano derecha del obispo*, segun la espresion de los sagrados cánones; estos fueron los continuos egercicios de nuestro santo arcediano: tan distante de representar la nueva dignidad con diferente aparato, que nunca se consideró mas obligado á dejarse ver en su casa y en el público con mas humildad, con mayor moderacion, ni con mas pobre decencia.

Alfonso VIII, rey de Castilla, ausiliado del rey de Aragon, habia conquistado pocos años antes la ciudad de Cuenca, restituyéndola á su legítima dominacion despues de haber sufrido la tiránica de los sarracenos. Muerto D. Juan Yañez, su primer obispo despues de la conquista, juzgó el Rey que no podia presentar

para aquella silla hombre mas benemérito que á nuestro arcediano de Toledo. Sobresaltóse estrañamente la modestia de Julian cuando entendió la resolucion del Monarca: representó, instó, suplicó, lloró y protestó la falta de virtud, de talentos y de fuerzas; pero le fué preciso obedecer, siendo su misma resistencia el mejor testimonio del acierto, y el fiador mas seguro de la eleccion.

Consagrado ya obispo tuvo poco que hacer para disponer su familia. Reducíase toda ella á un solo criado, que le servia de paje, de capellan, de limosnero, de mayordomo y de secretario. Llamábase este Lesmes, hombre en todo tan parecido á su amo, que rindió la vida en servicio de la caridad, y mereció á la iglesia de Burgos, donde recibe culto su cuerpo, las veneraciones de Santo. Con esta comitiva se dirigió Julian á su obispado, y entró á pié en la ciudad de Cuenca, sin admitir otro recibimiento que el que le hicieron (y él no podia escusar), las ansias de los pobres, las espe-

ranzas de los huérfanos y los suspiros de los necesitados.

Escedió con muchas ventajas toda su espectacion. Declaró desde luego que no se interesaría ni en un solo maravedi de las rentas de su obispado, y cumplió á la letra lo que declaró. Dedicólas todas hasta el último cornado al sustento de los pobres, á la redencion de los cautivos, á dar estado á las huérfanas desamparadas, á satisfacer deudas de los encarcelados, á socorrer hospitales, á erigir y dotar otros nuevos, y á diferentes pias fundaciones: cuya memoria subsiste hoy en aquella ciudad, donde parece que dejó la caridad como en herencia, y la misericordia como fruto del terreno, ó como temperamento del clima. Mientras tanto el obispo y su capellan, á imitacion de san Pablo, se sustentaban con el trabajo de sus manos, haciendo cestillas, que vendian para alimentarse, y les sobraba mucho del producto, que se agregaba á la gruesa de los pobres: porque para ayunar los dos, necesitaban poco di-

nero. Era mucho el despacho de estas cestillas, porque en cada una de ellas llevaban los compradores un seguro depósito de milagros, como se experimentó en una furiosa pestilencia, que afligió en tiempo del santo Obispo á la ciudad, en la cual ningun enfermo las tocó que no hubiese encontrado en ellas la salud: prodigio que aun despues de muerto el Santo se experimentó por largo tiempo en muchas enfermedades, supliendo las cestillas de san Julian lo que faltaba al acierto de los médicos, ó á la eficacia de las medicinas.

No podia olvidarse de las obras de misericordia espirituales el que con tanto esmero se dedicaba al egercicio de las corporales, y era preciso que en su apostólico zelo ocupasen el primer lugar las necesidades del alma, cuando se hacian tanto en su caritativa compasion las indigencias del cuerpo. Estaba aun muy reciente en la diócesis de Cuenca la memoria de los infieles que la habian tiranizado, para que todavia no se conservasen muchas huellas que la

mezcla de los moros habia estampado en las costumbres de los cristianos. Para borrarlas del todo visitaba Julian indefectiblemente cada año su obispado; y era cada visita, no como quiera una reforma, sino una visible trasformacion de los pueblos. Persuadido á que arreglado en los eclesiásticos el modelo de la grey saldria sin defectos la fundacion del rebaño, se dedicaba principalmente á la buena formacion de aquellos. Se compadecia de los flacos, abatia el orgullo de los díscolos, castigaba á los obstinados, nunca daba cuartel á los escandalosos, pero en todo preferia los suaves medios de la dulzura á las severidades del rigor; y cuando echaba mano de estas, daba bien á entender que la aspereza de la medicina no era desabrimiento del médico, sino maliciosa rebeldia de la enfermedad. Con este método consiguió en breve tiempo que el clero de la diócesis de Cuenca fuese como un animado ejemplar á toda la clerecía de España; y para conservar en la suya los frutos de la reforma ponía

el mayor cuidado en no conferir las ordenes á sujeto alguno cuyas ejemplares costumbres no legitimasen la pureza de la vocacion, y no pronosticasen el desempeño de su estado, siendo de parecer, que rara vez se hace un eclesiástico ajustado de un seglar escandaloso.

Ademas de las exhortaciones públicas que hacia en tiempo de la visita, cuando se retiraba á la capital predicaba todas las semanas á los muchos infieles que habia aún dentro de ella; y para que se extendiese el mismo beneficio á los muchos mas que estaban esparcidos en todo el obispado, iba de pueblo en pueblo ejercitando el propio ministerio, con lo que hacia innumerables conquistas para Jesucristo, desterrando el alcorán, introduciendo el evangelio; y al mismo tiempo que alumbraba la ceguedad de los moros con las luces de la fé, movia la dureza de los cristianos á la reforma de la vida.

Pero ninguna cosa le ganó mas los corazones de todas sus obejas, que aquellas entrañas de misericordia con que se deshacia en bene-

neficio de ellas el liberalísimo Pastor. Esta inagotable caridad, que fué su verdadero carácter, le mereció innumerables favores del cielo, y fué acreditada con otros tantos prodigios. En cierta ocasión tuvo por convidado en la mesa de los pobres al mismo Jesucristo, que le agradeció lo que hacia por ellos, honrándole con el título de *buen amigo suyo*, y prometiéndole en premio la eterna bienaventuranza. En otra vió repentinamente colmada de trigo su panera para socorrer cierta necesidad, siendo así que, reconocida un poco antes, se hallaba sin un grano: en otra se vió entrar por la ciudad una milagrosa recua cargada de granos, sin guía, ni conductor, que se dirigió al palacio del Obispo, dejó caer los costales, y desapareció sin poderse averiguar quién la habia conducido. Dió orden el Santo á su fiel criado Lesmes que al punto repartiese todo aquel trigo entre los pobres, proporcionando la distribución á la necesidad de cada uno; hizolo Lesmes con tanto celo y con tanta actividad, que rindió la vida al exceso del tra-

bajo; mártir de la caridad, que murió de fatiga, porque otros no perciesen.

Claro está que el enemigo de la salvacion no habia de mirar con indiferencia aquel varon de misericordia, cuyas obras eran tan gratas á los ojos del Señor. Armóle todo género de lazos para derribarle. Uno de los muchos dias que ayunaba á pan y agua se fué Julian á sentar á la mesa, cuyo aparato se reducía á una pobre servilleta sobre una tosca tabla. Encontró en ella una hermosa trucha como de tres libras, cuya frescura era capaz de despertar al mas dormido apetito. Sorprendióse el Obispo; preguntó á su criado quién la habia puesto allí; respondió con verdad que no lo sabia; y sospechando Julian el artificio del enemigo comun, fue á cogerla para arrojarla en un pozo, y desapareció la trucha, quedando descubierto el lazo.

Estaba el Santo rezando en otra ocasion con el recogimiento que acostumbraba: entró un hombre en su cuarto cargado de talegos de moneda; y sin mirarle por no interrumpir su

devocion, creyendo que sería el mayordomo, le preguntó: *¿qué traes ahí? Señor, el dinero de las rentas*, respondió el hombre aparente. No ignoraba Julian que todas las devengadas estaban ya bien expedidas; pero persuadiéndose que podia ser alguna de aquellas milagrosas providencias á que estaba tan acostumbrado, iba á tomar el dinero, cuando éste y el que le traía se desvanecieron en humo, pero tan pestilencial y hediondo, que por largo rato dejó inficionada la habitacion con un hedor abominable; convirtiéndose en despecho de Satanás el imaginario triunfo porque la accion de Julian fue efecto de la confianza, impulso de la caridad y desprecio de la codicia.

Tercera vez volvió á la carga el no escarmentado enemigo. Habia rescatado nuestro Santo á una doncella noble, natural de la ciudad de Burgos, á quien habian hecho cautiva los moros de Granada, y puesta ya en libertad, la habia casado con un caballero de iguales circunstancias; pero era ya muerta sin que Julian lo supiese. Estando un dia en oracion, oyó una

voz que le dijo: *Julian, siervo de Dios, ¿qué es lo que haces? ¿duermes? ¿no me conoces?* Abrió los ojos, y viendo junto á sí á la que se le figuró la doncella rescatada, le preguntó sobresaltado qué se la ofrecia: á que respondió la presentada muger, con halagüeña ternura, que venia á mostrarse agradecida á su caridad, y á corresponder obsequiosa á tanto como le debia, arrimándose [mientras tanto hácia Julian, y añadiendo otras palabras de cariño. A este tiempo sintió el Santo que con mano invisible le daban un empellon, y oyó una voz que le decia: *¿qué haces Julian? mira que no es la que piensas, sino el sucio y abominable Sata-nás que intenta engañarte;* y al punto desapareció el enemigo. Quedó nuestro Santo extrañamente confuso; y pareciendo á su delicadeza que habia tenido algun descuido, le lloró amargamente, haciendo penitencia de él toda su vida.

Habiendo sido esta no menos dilatada, que llena de virtudes, de ejemplos y de merecimientos, quiso en fin premiárselos el Señor; y para

purificarle mas le envió una enfermedad no menos grave, que penosa, la que entendió Julian habia de ser la última. Cuando le pareció tiempo pidió los santos sacramentos, y para recibirlos con mas devoto aparato se vistió de pontifical; pero despues de recibidos, se despojó de los ornamentos de la dignidad, se vistió un áspero silicio, se tendió en el duro suelo, se cubrió de penitente ceniza, no admitiendo otra almohada que la de una dura piedra; y cuando ya habia entrado en la agonía, vió venir hácia sí una hermosísima doncella, cuyo ropage excedia en candor á los ampos de la nieve, y el resplandor que despedia de sí oscurecia los mismos rayos del sol. Traia en la cabeza una guirnalda de rosas; acompañábala una brillante tropa de vírgenes celestiales, y todas cantaban con dulcísima armonía aquel verso del Eclesiástico: *Veis aquí al gran sacerdote que en sus dias agradó al Señor.*

Dióle milagrosas fuerzas la visita celestial; hincóse de rodillas, rindió mil gracias á la Ma-

dre de Dios por aquel inestimable favor, y alargándole una palma la benignísima Señora, le dijo: *toma, siervo de Dios, esta palma en señal de la virginidad y pureza que siempre has guardado.* Desapareció la vision; y poco despues se fue tambien tras de ella la purísima alma de nuestro Santo, desprendida de su cuerpo, un domingo 28 de enero del año 1208 á los ochenta de su edad. Al mismo tiempo que espiró vieron cuantos se hallaron presentes que salió de su boca un hermoso ramo de palma mas blanca que la misma nieve, el que se fue elevando por el aire hasta esconderse en los cielos, los cuales se rasgaron á vista de todos y se oyó la música de los ángeles.

A una concepcion verdaderamente milagrosa, á un nacimiento acompañado de prodigios, á una vida llena de milagros, y á una muerte tan colmada de portentos, se siguieron tantos despues de ella, que la devocion de los pueblos comenzó á aclamarle santo; instando porque fuese elevado de la tierra, como se hi-

zo pocos años despues, y colocándole sobre el altar de santa Agueda, se le rindió culto, se le celebró fiesta, y se le hizo lugar en el calendario. Trescientos y diez años se mantuvo su cuerpo en este altar, hasta que en el año de 1518^l, siendo pontífice Leon X y reinando en España Carlos V, fue solemnissimamente trasladado al que hoy ocupa. Cuando se abrió la urna para registrar el santo cuerpo se halló tan entero y tan sin corrupcion como si espirára en aquel punto; y las vestiduras tan nuevas y tan flamantes como si acabáran de salir de la tienda. Estaba vestido de pontifical, mitra de raso blanco labrada de oro en la cabeza, báculo pastoral, cáliz y vinageras, todo de plata, sobre el santo cuerpo, y al lado un ramo de palma, tan verde y tan frondoso como si le acabaran de cortar. Esta solemne traslacion es la que celebra hoy toda la iglesia de España, y en este dia solemniza la santa iglesia de Cuenca la fiesta principal de su patrono san Julian.

SAN LESMES,

PREOSTERO DE SAN JULIAN.

Nació este bienaventurado en la ciudad de Burgos, y, como queda dicho, era presbítero: porque así convenia en el que era único compañero del santo Obispo, para ayudarle en las cosas sagradas del ministerio, y en los desahogos del espíritu y conciencia. La humildad, la pobreza evangélica, y santidad de los dōs, no se deslucia por falta de ostentaciones exteriores, y como ni en san Julian, ni en el apostol san Pablo fué indecencia el mantenerse con el trabajo de sus manos, tampoco desdecia del presbítero san Lesmes el medir y repartir trigo á los pobres, á fin que otro no llevase el mérito de tan humilde y caritativo ejercicio, como lo era el de vender las cestillas y labores con que se mantenian. Porque en aquel tiempo envi-

diable del restablecimiento de las iglesias, renovaban el primer fervor apostólico en humildad, pobreza, y predicacion con ostentacion de espíritu, no mundana exterior, y asi les honraba Dios con muchas maravillas, porque ponian su honor en mirar por la casa de Dios; no por el lucimiento de su casa.

El haberse contentado san Julian con la precisa compañía de san Lesmes, es un ejemplo el mas cumplido de sus virtudes; pues muestra que este solo llenaba sus deseos, que hallaba en él todo cuanto necesitaba, que uno valía por muchos, y que desempeñaba cada cosa, como si no hubiera otra de que cuidar. Ambos pueden ser aplaudidos en esta edificativa conducta: san Julian, por evitar el fausto, contentándose con poco, como pobre y humilde: san Lesmes, por acumular en sí lo que ocuparia á muchos, ambicioso de servir á los pobres y al Obispo.

Esta confrontacion del Santo con el ministro prueba unos fondos en Lesmes, conformes al corazon de san Julian. Humilde con humilde:

caritativo con caritativo: pobre con pobre: inocente con inocente: santo con santo; y ambos templos de Dios, que como ascuas se inflamarían mutuamente en el amor divino. Honró Dios á Lesmes con hacerle testigo de los milagros que hacia por san Julian, y es muy verosímil que hiciese tambien algunos, premiando Dios la fé y ardiente caridad de san Lesmes, pues esta fué la virtud en que mas consta haber sobresalido, como el santo Prelado, y ella fué la que le acrecentó los merecimientos hasta el fin de su vida: porque como era solo en la fatiga de repartir y medir el trigo para los pobres; y como era mucho y continuo el peso de costales y de medidas, contrajo una grave enfermedad por la fuerza que hacia, cuya dolencia le ejercitó y purificó hasta la muerte. Lisiáronsele los huesos de los lomos, obligándole á encorvar la cintura. Agregáronse dolores de riñones y de estómago, con un continuo padecer, que le aumentó brillos á la corona, y le duró años despues de la muerte de su maestro.

Pasado este á la gloria, se retiró Lesmes á su patria Burgos, muy cargado de merecimientos; y estimulado del glorioso fin que habia visto en san Julian, no cesaria de imitar sus virtudes, llenando la ciudad de admiraciones con la relacion de cuanto habia visto para gloria de Dios y edificacion de sus paisanos.

San Lesmes llevó consigo el quebranto corporal, en cuyo sufrimiento mereció toda la vida, añadiendo muchas buenas obras en cuanto pudiese con pobres y hospitales, por espacio de diez años en que sobrevivió á san Julian, segun escribió Alcazar con Poza, en cuya suposicion vivió hasta el año de 1218, y no, como escribió Tamayo, en el de 1190, en que todavía no era obispo su maestro.

Lleno, pues, de las muchas virtudes que al lado de éste ejercitó, especialmente en la pobreza corporal y espiritual, en la humildad de hacer y vender cestillas para no comer pan perezoso, y sobre todo en la eminente caridad con los pobres, entre polvo, paneras, costales

y medidas de trigo, fiel entre los dispensadores, y perseverante hasta el fin, acrisolado con mayores propinas de continuos dolores, para atesorar riquezas celestiales, dió su alma al Criador donde la habia recibido en la ciudad de Burgos, que honrada ya con la muerte de otro Lesmes, concurriria en afectos encontrados, de dolor por la ausencia, y de gozo por el patrocinio, á celebrar las exequias, repetidas del nuevo y duplicado amparo, con que en aquel segundo Lesmes vinculaba felicidades para sus ciudadanos.

Los autores, que estuvieron preocupados con que la iglesia de san Lorenzo sirvió de Catedral, escribieron haberle sepultado allí, y que despues le trasladaron á la santa iglesia, donde yace. Pero como es indudable, nunca estuvo la Sede en san Lorenzo, sino que la primera catedral, que hubo dentro de la ciudad al fin del siglo XI, fue la edificada por don Alfonso VI en el sitio donde estaba su palacio. En el mismo se engrandeció despues por san

Fernando la conservada hasta hoy, que no necesitó mudar. sino engrandecer el sitio: y si colocaron el sagrado cuerpo en la Catedral (como nadie niega) no fué en san Lorenzo, sino en la edificada por don Alfonso VI.

Este apoderarse el Cabildo del cuerpo de san Lesmes, muestra la gran fama de santidad en que pasó á mejor vida, pues por tanto quiso enriquecer su iglesia mayor con aquel tesoro, que desde luego apareció como tal, dándole sepultura señalada, que estaba bien distinguida, cuando concluida la obra nueva en tiempo de san Fernando, le pusieron junto al pilar de san Andrés y de la Magdalena, que es hoy capilla de san Enrique. El señor Prieto dice: *está en el trascoro en un sepulcro de piedra*; y haberle labrado tal sepulcro, muestra bien la veneracion en que desde luego le tuvieron.

Allí perseveró muchos siglos, siendo el refugio de aflijidos, (especialmente de los molestados del dolor de riñones), los cuales acudían á implorar su patrocinio, y arrimando al sepul-

ero las espaldas, conseguian salud los que acudian con fé, y á cuantos les convenia. Viendo el cardenal Pacheco la frecuencia de gente que concurría al sepulcro, mandó poner en frente una imágen de Cristo, para que al estar arriados á la piedra los dolientes, miráran á la fuente original de la salud, como afirma Poza citado por Alcazar, mencionando tambien á Escudero, que dice era la imágen de san Julian.

Pero como fuesen muchos los concurrentes, y el sitio es muy principal, ocasionaban estorvo y la santa iglesia resolvió trasladarle á la capilla de santa Catalina (hoy san Juan de Sahagun) donde le colocaron en un nicho del grueso de la pared al lado del Evangelio, despues de concluir las rejas de la capilla mayor en el 1680, lo cual se hizo con devocion y solemnidad.

De fray Enrique Florez, del órden de san Agustín. España sage. tom. 27. Madrid 1772.



